

# 1

ran las ocho y media de la mañana y allí estaba, como cada día, en el andén de la estación de Atocha Renfe, de pie entre decenas de personas adormiladas que, como ella, estaban allí esperando el metro que les llevaba a sus oficinas, con vistas a empezar una nueva jornada de trabajo. Se podía notar en el ambiente que era lunes.

Aunque normalmente Montse llegaba más tarde a esa estación, aquella mañana había salido de casa más temprano de lo que solía hacerlo. No había dormido demasiado bien esa noche, y se había levantado mucho antes de que sonara el despertador, harta ya de dar vueltas en la cama. Se había duchado, vestido y peinado y, al no tener nada más interesante que hacer en su casa a aquellas horas, había salido rumbo al trabajo, antes de que sus padres se levantaran y le preguntarán el porqué de su tan temprano despertar. Ya les daría alguna explicación si se la pedían después, cuando le hubiera dado tiempo a inventarse alguna excusa para su insomnio.

No era la primera noche en la que, a pesar del cansancio con el que se acostaba, no conseguía conciliar el sueño. Llevaba varios días con serias preocupaciones que le rondaban por la cabeza y que le hacían bastante difícil el poder dormir a pierna suelta, como siempre había hecho.

Después de dejar pasar de forma intencionada un par de metros, tan llenos de gente que para entrar hubiera necesitado hacer contorsionismo, pudo subir a un vagón, y en poco más de cinco minutos, en los que tuvo que olvidarse de lo que era el espacio vital, llegó a la estación de Sol, donde se bajó.

Odiaba profundamente el metro en hora punta, pero no tenía más remedio que utilizarlo para llegar tranquilamente a su oficina, en pleno centro de la capital, donde acceder en coche era casi misión imposible. Aunque el trayecto fuera tan corto, era insufrible, con tanta gente agolpada en tan poco espacio, en el que resultaba difícil incluso respirar.

¡Ojalá tuviera la suerte que tenía Esther! A ella su padre le estaba pagando el alquiler de un apartamento, en una de las pequeñas calles que se desperdigaban alrededor de la Gran Vía, y que, por supuesto, era carísimo, aunque para él suponía poco más que calderilla, gracias a su abultada nómina de directivo de una conocida empresa de publicidad. Un trabajo que, por otro lado, le ocupaba prácticamente las veinticuatro horas del día.

No era precisamente un regalo de su padre lo de pagarle el alquiler a su hija. Lo hacía porque era la única forma de no tener que verla en casa todos los días, pero que tampoco se viera obligada a tener que vivir en cualquier cuchitril. Al fin y al cabo, era su hija.

Las desavenencias entre los dos, debido a la forma de ser de ambos, eran demasiadas, y hacía tiempo que la convivencia entre ellos se había vuelto imposible. Exactamente desde el momento en que Esther presentó a Montse a sus padres.

A su madre, a pesar de ser una mujer bastante chapada a la antigua, en ningún momento le importó que su hija fuera lesbiana, o al menos lo asumió lo mejor que pudo. Pero a su padre no le hizo ninguna gracia. Tenía una mentalidad demasiado cerrada y una relación entre dos mujeres era algo que difícilmente podía concebir.

Aun así, tras unas semanas algo tensas, pareció que la madre le hizo entrar en razón, y le dijeron a Esther que querían conocer a su pareja.

Pero, en el momento en que Montse puso el primer pie en su casa, su padre pareció cambiar repentinamente de opinión.

Quizá había pensado que Esther no iba en serio, que simplemente quería desafiarse, como tantas veces había hecho de adolescente, pero que finalmente se lo pensaría mejor y se buscaría un chico de buena clase social con quien casarse, formar una familia y esas cosas que se supone que una chica con una buena educación debe hacer. Pero cuando apareció Montse se debió de dar cuenta de que no se trataba de un anejo pasajero, y eso le enfureció. Por no hablar de que para nada le agradaba la idea de que sus conocidos pudieran ver a su hija paseándose por ahí de la mano de una mujer, ya que un asunto así podría afectar a su reputación.

Sin siquiera saludar a Montse, y delante de su propia cara, instó a su hija a que acabara inmediatamente con esa relación, amenazándola con echarla de casa si no lo hacía de manera inmediata. Y, efectivamente, lo cumplió.

Él mismo supervisó cómo su hija, que no podía parar de llorar, hacía sus maletas, dispuesta a irse de su casa sin saber adónde. Sin embargo, antes de que saliera por la puerta, y gracias sin duda a la intervención de su madre, se le terminó ablandando el corazón y, aunque no la quería más en casa mientras siguiera con esa mujer, aceptó pagarle un alquiler, con la única condición de que viviera ella sola en el piso.

A Esther no terminaba de gustarle la idea de que su padre, con el que ya prácticamente no se dirigía la palabra, le pagara un piso, pero no le quedó más remedio que aceptar. Su sueldo no le daba para mucho, y menos para un piso en la Gran Vía, en el que vivía realmente bien, aunque no pudiera compartirlo con su pareja.

La verdad era que las dos chicas, a pesar de llevarse muy bien, no podían ser más distintas la una de la otra. Para empezar, estaba claro que en cuanto a nivel de vida no se parecían en nada. Montse venía de una familia humilde cuyos padres habían tenido que matarse a trabajar desde que eran prácticamente unos niños para lograr salir adelante y darle una vida medianamente buena a su hija. Esther, por el contrario, siempre había tenido una existencia bastante cómoda. No le había faltado de nada desde que nació: los juguetes más caros, los caprichos más absurdos... Era lo que tenía haber nacido en una familia de clase social alta, con más dinero del que les daba tiempo a gastar.

Y quizá esas diferencias sociales en su infancia, las hacían también muy distintas a nivel personal. Montse era una chica bastante tímida y callada, a la que le costaba hacer amigos, mientras que Esther era muy extrovertida y en seguida mantenía cualquier tipo de conversación con la gente, aunque no la conociera de nada.

Pero, curiosamente, en el físico era en lo que más se parecían. Las dos eran bastante altas y tenían el pelo castaño oscuro, aunque Esther acostumbraba a teñírselo de vez en cuando, puesto que se cansaba pronto de sus peinados. Ambas eran bastante guapas y tenían unos bonitos ojos; Montse oscuros y Esther de un azul casi cristalino. Además, las dos tenían la misma edad, y cumplían los años con apenas unas semanas de diferencia.

Montse salió a la calle. Aunque era de noche cuando había salido de casa, ahora ya había amanecido.

Subió caminando rápidamente por la calle del Carmen hasta la plaza de Callao, donde se encontraba su trabajo, esquivando los camiones de reparto de mercancías que a esas horas circulaban sin ningún orden por lo que, el resto del día, eran calles peatonales repletas de turistas.

Antes de abrir la puerta del edificio de oficinas en el que trabajaba, miró el reloj que llevaba en su muñeca. Quedaban todavía quince minutos para las nueve, la hora a la que empezaba su jornada laboral. Al final no había llegado demasiado temprano, aunque sin duda más de a lo que estaba acostumbrada.

Saludó a Ramón, el portero del edificio donde se encontraba su oficina, un hombre rechoncho de aspecto bonachón. Estaba sentado en las escaleras con un periódico abierto en las rodillas. Quizá era una postura algo extraña a aquellas horas en las que ya empezaba a llegar gente, pero no se le podía reprochar que descuidara un poco su imagen. El pobre debía de estar ya cansado después de dos horas metido en la garita y se había sentado allí a leer sin pensar en la impresión que podría dar.

—¡Qué pronto vienes hoy, Montse! —le dijo en un tono amigable, mientras ésta llamaba al ascensor; conocía a todos los trabajadores por su nombre, lo que le hacía más cercano a ellos—. ¿Qué pasa, tienes mucho trabajo?

—¡Qué va! Es que hoy he salido antes de casa, pero sin ninguna razón en especial. ¿Ha llegado alguien de mi oficina?

—Eres la primera.

—Bueno, pues tendré que hacer tiempo hasta que llegue el resto, que no me pagan las horas extra —bromeó—. Saldré a fumar un cigarro a la azotea —dijo mientras se cerraba la puerta del ascensor y Ramón le deseaba un buen día.

Llegó a la planta octava y entró en su oficina. Nunca la había visto tan vacía y a oscuras, incluso daba algo de miedo. Tuvo que encender todas las luces y levantar las persianas, y aun así no le gustaba la idea de estar sola entre tanto ordenador apagado.

La verdad era que la puntualidad no era precisamente su fuerte y solía llegar tarde prácticamente todos los días. Siempre llegaba Esther antes que ella.

Trabajaban juntas desde hacía poco menos de un año; allí era donde se habían conocido y se habían gustado desde